



HIL

Anne

DE

Lise

GAR

Marstrand-Jørgensen

DA

Hildegarda de Bingen nace en Bermersheim, en el sur de Alemania, en 1098. Frágil y enferma, los asistentes al parto vaticinan que no pasará de la noche. Pero sobrevivirá, y este no será más que uno de los hitos de su prodigiosa existencia. Desde pequeña tuvo visiones, y a los diez años la recluyeron en un convento. Además de ser poeta, compositora, bióloga y mística, inventó la medicina natural y la cerveza tal y como se fabrica hoy, y fue la primera persona en escribir sobre el orgasmo femenino. Esta monja de alta cuna a la que sus miles de seguidores apodarían la Sibila del Rin estuvo al frente del monasterio de Bingen; creó una orden de religiosas vestidas de blanco y sin velo, que durante las oraciones bailaban en círculos con flores en el pelo; se codeó con la nobleza, y arriesgó su vida desafiando a la Iglesia y hasta el emperador Barbarroja.

Quiero expresar mi agradecimiento por el canon estatal de apoyo a los escritores y por las becas que me han concedido el comité de literatura del Fondo de Cultura Estatal danés (Staten Kulturfond) y el Consejo de las Artes (Kunstrådet), que me han permitido viajar siguiendo la huella histórica de Hildegarda de Bingen.

También doy las gracias a todos los que han compartido conmigo sus vastos conocimientos, y a vosotros, que siempre estáis.

*If it be your will, that I speak no more
And my voice be still, as it was before.
I will speak no more, I shall abide until
I am spoken for, if it be your will.*

LEONARD COHEN

PRIMERA PARTE

Bermsheim (Alemania)
1098-1106

No puedo
Sí puedes.
Pero duele tanto...
Ya casi está.
No puedo.
Sí puedes, ya lo has hecho otras veces.

Es una niña, pero es muy pequeña. Tiene los ojos cerrados. Está tan débil que parece que no respire. Dale la vuelta y un cachete en el trasero para que suelte el llanto; así.

Capítulo 1

21 de julio de 1098
Bermersheim (Alemania)

Luz. Dolor.
El dolor nació con la luz.

Hay un techo. Pero todavía no hay techo. Hay palabras. Pero todavía no hay palabras. Cuerpo: no hay. La habitación, la luz, el fuego del hogar no existen. Un gemido, un grito vibrante que se propaga en todas las direcciones, que hiende el aire, se detiene en los cuerpos, la cama, la mesa, la ventana; blanco. El blanco sí existe.

La luz del sol se cuela por la rendija entre la cortina y el marco de la ventana como un cuchillo que corta el mundo; solo el grito sigue ascendiendo y descendiendo hasta que unos rayos brillantes sustituyen la luz, como cuando la recién nacida todavía era un feto y no sabía que existía otra cosa, que había contrarios y transiciones, los pulmones que respiran, rojo, negro, rojo, negro. Es la misma luz tenue, pero ya no da la seguridad de antes porque ahora es más frágil, frágil y rasgada, ¡chis! Solo son tus párpados, los abres y los cierras, no hay nada que temer.

Un cálido contacto en la nuca, el aire húmedo en el rostro, el miedo al suelo de piedra y al vacío. Un círculo de luz

crece delante de la pequeña y va acercándose; hay paz en esa luz. Intenta concentrarse en ella, pero justo cuando consigue atraparla se escapa, se diluye en una corona brillante y húmeda. Los brazos colgando, la cabeza que empuja; no deben dejarla, eso lo sabe, aunque hasta ahora nunca ha tenido que preocuparse de si caía, pues antes flotaba, fluía, nadie la había tocado nunca.

Capítulo 2

–Avisad al señor de la casa, hemos de bautizarla. No vivirá mucho.

La señora de la casa, Mechthild, lo oye y no lo oye. Su cuñada, Ursula von Sponheim, se dirige impaciente a la puerta, sin esperar a que a la gruesa sirvienta le dé tiempo a reaccionar. Deja la puerta abierta, se recoge la falda y se apresura escaleras abajo. La hija de Ursula, Kristin, quien junto con su madre y su séquito llegó el día antes al atardecer, le da a Mechthild un golpecito en la mejilla, pero su rostro redondo es un inexpresivo pozo de agua y lodo.

–¿Está...? –pregunta Mechthild con un hilo de voz.

Quiere incorporarse, pero un dolor lacerante como hierro candente le quema desde el abdomen hasta la espalda y la obliga a tumbarse de nuevo en la cama.

Kristin niega con la cabeza, grandes ojeras oscuras flotan en el pozo de agua, los labios rojos como una cereza se mueven sin decir nada. Es el primer nacimiento que ha presenciado; es como una preparación para lo que le espera. Kristin se casó en primavera y, siguiendo la fértil tradición familiar, ya está embarazada.

A Mechthild le da igual lo que Kristin intenta decirle; lo único que alcanza a entender es que el bebé está vivo. Pero Kristin continúa susurrando, aunque deduce que el mensaje no llega a Mechthild, que yace en la cama, tumefacta y sofocada. Ni ella misma sabe cómo ha llegado de la silla de partos a la cama, pero ahora descansa sobre varias capas de sábanas de lino bien remetidas bajo el colchón. La sala de la parturienta huele a suelo fresco de se-

rín, a humo de madera, a sudor y al ácido hedor del parto, de la sangre y el cuerpo.

El verano está en su apogeo, es el más caluroso que se recuerda, y no se sabe dónde hace más calor, si en el patio o entre los gruesos muros de la casa. En el hogar, las brasas incandescentes mantienen la caldera hirviendo. Las mujeres están sentadas en un banco a lo largo de la pared, con las manos en el regazo y los rostros encendidos. Han estado ahí desde muy temprano, ni siquiera han ido a la iglesia, aunque es domingo, y ya no queda mucho para el atardecer. Kristin reza en silencio por Mechthild, por la recién nacida, por ella misma y por el bebé que está en camino, que no se ha movido en todo el día, como si notara que se encuentran al borde de un abismo. Si Mechthild o la recién nacida no sobreviven será difícil no tomarlo como un mal presagio, y Kristin suspira de miedo.

Los pasos de Hildebert son un canto profundo y lento, un desafío a la llamada precipitada de Ursula. Mechthild no puede mantener los ojos abiertos, el embarazo ha sido difícil y el parto ha durado demasiado, más aún teniendo en cuenta que es la décima criatura a la que da a luz. Roricus, Clementia, Drutwin, Benedikta, Irmengard, Odilia, Hugo. Y los gemelos, que no llegaron a ser bautizados. Se estruja las manos bajo la manta. No puede ocurrir otra vez; no más almas de niño condenadas a vagar fuera del paraíso, a merced del diablo. Mechthild querría protestar: se dice que si un hombre asiste a un parto alguien morirá, pero la garganta seca le impide hablar. Si ella muere se las arreglará sin la extremaunción; al fin y al cabo, se confesó con el padre Cedric la semana antes de que empezaran los dolores. Con la recién nacida, en cambio, los demonios tendrán carta blanca. En tal caso, de nada sirve que Ursula haya metido amuletos sagrados entre las sábanas ni que haya cubierto las ventanas para que solo entrara un rayo de luz constante. Aferra la mano de Kristin, pero ella

susurra ausente mientras mira a Mechthild, que jadea y se aclara la garganta.

–¿Vive todavía? –pregunta. Pero nadie responde.

Oye la voz de Hildebert, que pronuncia las palabras del bautizo, y piensa en el nombre. No han acordado nada al respecto, pero es obvio que la criatura necesita un nombre fuerte, y confía en que él piense en nombres de santa.

–Llamadla Margaretha –susurra ella.

Pero solo la oye Kristin, que se limita a mirarla con aire ausente mientras le enjuga la frente con un paño húmedo que ya no está ni frío ni caliente, solo le raspa la piel inútilmente.

–¡Hildegarda! –exclama entonces Hildebert.

Mechthild se estremece al pensar que la recién nacida se llamará como su padre y llevará un nombre pagano. Él nunca critica las férreas creencias de su mujer, y nadie podría acusarlo de no temer a Dios. Pero cada vez que ella menciona al padre Cedric o sus obligaciones con la iglesia, nota que a él se le enciende una lasca en el corazón, y una oscuridad emana de sus pupilas. Nadie puede comprender el sufrimiento de Hildebert, ni siquiera su esposa, una mujer confundida y pasional, que tiene visiones y que con su falta de sentido común permite que el demonio se acerque y rompa la paz del hogar. Sea como sea, Margaretha habría sido un nombre más adecuado; Hildegarda es uno guerrero, suena como la rueda de hierro contra el suelo de piedra, como el fuego y el hielo, que nunca serán uno.

Hildebert levanta a la recién nacida, que no se inmuta; simplemente cuelga de uno de los brazos de su padre. Ursula le acerca el recipiente con agua y supervisa con detalle cada uno de sus movimientos para asegurarse de que todo proceda como es debido. No le importa mucho lo que le pase a él, pero si la niña muere, será todavía más importante que durante el bautizo le hayan limpiado los pecados de sus ancestros. Hildebert se arrodilla con la ni-

ña en brazos, pesado como un oso, apoyándose en el dosel y evitando mirar a Mechthild, que yace en la cama sucia. Reza en voz alta y durante la plegaria oye la voz de su esposa, que solo alcanza a repetir palabras aisladas:

–*Pater Nostra... santificetur... debitoribus... ne... tentationem.*

Después acerca a la pequeña amoratada y grasienta a la joven Kristin, que es incapaz de levantar los brazos para tomarla y se queda mirándola con tal expresión de asco y horror que hace enrojecer a Hildebert de indignación.

–Estúpida –susurra, y a Kristin se le llenan los ojos de lágrimas.

Ursula tercia entre ambos, coge a la niña y se la entrega a la pequeña Agnes, la hija de una aldeana a quien han llamado para que cuide del bebé. Con un gesto de la mano, indica a Hildebert que ya puede irse. Él duda un instante, pero sabe que no tiene nada más que hacer en la sala de la parturienta. Solo le han llamado para que al bebé no lo bautizara una mujer. Al salir, cierra la pesada puerta de golpe, sin ninguna consideración, y el bebé se sobresalta. Kristin llora como una tonta, avergonzada; es incapaz de contener las lágrimas, aunque sabe que a su madre no le gustan los lloriqueos. Que tenga miedo de Hildebert es comprensible; que no ose tocar al bebé es mucho peor. Sin embargo, por una vez Ursula finge que no lo ha visto y la deja llorar en paz. Al fin y al cabo, si el bebé muere será mejor que no lo haga en brazos de Kristin. La muerte podría llegar al niño que espera, y no hay ninguna necesidad de dar al diablo más oportunidades de cebarse con ellos.

La pequeña Hildegarda tiene los párpados grandes y blancos, y unos pocos pelos pegados al cráneo. Las mejillas y las orejas también están cubiertas de vello transparente, y las uñas son más finas y frágiles de lo normal en otros bebés, nacidos cuando les corresponde. No es una niña sana, pero vive. Agnes no recibe la instrucción de po-

ner la cuna en el rincón más oscuro de la estancia, que en otras circunstancias sería lo más recomendable para los ojos del bebé, sino justo delante del hogar para que la sangre circule más rápidamente por el cuerpo de la pequeña.

Antes de nada, Ursula aprieta y masajea la barriga de Mechthild para asegurarse de que no quede nada dentro; luego se sienta en el banco que hay junto a la pared. Una pequeña congregación de mujeres de las haciendas cercanas ha estado allí de guardia todo el día, observando la escena. Ahora susurran entre sí, y aunque Ursula está impresionada por la capacidad de su cuñada de reunir a gente de bien a su alrededor, y encima en un lugar tan aburrido como Bermersheim, no está de humor para charlas. No le gusta haber tenido que llamar a Hildebert antes de que la sirvienta hubiera tenido tiempo de retirar las ramas sangrientas del suelo, bajo la silla de partos. La suciedad de una parturienta puede ser peligrosa para un hombre y, sin Hildebert, Mechthild y sus hijos podrían acabar en una situación delicada, aunque también es cierto que siempre habrá alguien dispuesto a casarse con una mujer de su posición y dueña de tantas tierras. Ursula saca su aguja y el ovillo de lana y retoma la labor que dejó a medias para ocuparse del parto. Las mujeres murmuran; sabe que los domingos no deben realizarse semejantes tareas, pero en un día como el de hoy bien podrá hacerse una excepción. Si el Señor ha dispuesto que Mechthild pariera en domingo con tanto dolor y angustia, seguro que no juzgará con severidad que ella retome ahora su labor, sobre todo teniendo en cuenta que las plegarias no logran sosegar su alma.

«En realidad, Mechthild no es tan temerosa de Dios como se diría», piensa Ursula, y resopla. Antes del parto le había pedido que llamara a la comadrona del pueblo, pero Ursula no había querido ni oír hablar de ello. «Al padre Cedric no le gustará», le dijo, pero Mechthild insistió. «No

olvides que la comadrona asistió al parto de los mellizos», le recordó Ursula, y Mechthild guardó silencio. El abad de Sponheim tenía mucha razón cuando decía que esas mujeres hacían más daño que otra cosa. Es en los conventos donde se conoce la eficacia de las hierbas medicinales y los misterios de la reproducción, y si no puede conseguirse la ayuda de un monje o de una mujer que cuente con la bendición del obispo para practicar sus saberes, es mejor confiar en la fuerza de la plegaria. Además, ella había parido a seis niños, no podía decirse que fuera inexperta en la cuestión.

Que el propio Hildebert hubiera debido bautizar a su hija no era lo mejor que podía ocurrir, por supuesto, pero si la niña vivía pronto podrían sumergirla en el agua bendita de la pila bautismal, y en todo caso, ¿qué diferencia había? Al fin y al cabo, el párroco a quien el tonto de su hermano había permitido entrar en la parroquia era el inepto padre Cedric. Ursula sabe callar, pero le han llegado los mismos rumores y piensa lo mismo que cualquier cristiano fuera de Bermersheim. No se le escapa que quizá la voluntad de su hermano de colaborar con el obispo en esa cuestión sirva a un propósito más alto y complejo, pero también conoce los puntos débiles del carácter de Hildebert. Aunque crecieron en la misma casa cristiana, Hildebert oculta en su corazón una oscura tozudez, que se traduce en cierta negligencia en las cuestiones eclesiásticas. El padre Cedric oficiaba en una iglesia de Suabia, pero cuando la sede papal finalmente dictó sentencia contra los párrocos casados, el obispo le exigió que eligiera entre abandonar su cargo religioso y anular su matrimonio, pues, al fin y al cabo, todavía no había tenido hijos con su esposa. El padre Cedric, que por lo visto consideraba los misterios sagrados menos importantes que las necesidades del cuerpo, se negó a seguir las indicaciones del obispo. Le quitaron el derecho a celebrar la misa, pero poco después Dios le castigó con la muerte repentina de su mu-

jer, y entonces las cosas cambiaron. El obispo consideró que el padre Cedric se había arrepentido y lo readmitió en su cargo, que había quedado vacante. Pero, como es lógico, los aldeanos lo rechazaban, y el obispo tendría que buscarse un modo u otro de ganarse el respeto de los feligreses.

Ursula estira el cuello al oír que la recién nacida emite un débil sonido, pero Agnes ya se ha acercado rápidamente a la niña. Le da un empujoncito a la cuna y mira a la pequeña, que está completamente envuelta en paños y de nuevo calla. Solo cuando Ursula asiente con la cabeza puede Agnes sentarse de nuevo en el banco, cerca del hogar, donde permanece con la boca entreabierta y la mirada fija al frente.

Ursula quiere concentrarse en su labor, pero se da cuenta de que ha cometido un error varias hileras atrás, y ahora tiene que rehacer la tarea. Piensa en Hildebert, no puede apartarlo de su mente. No hay duda de que su hermano es fiel a los aldeanos y a los que trabajan en su hacienda, y también al duque de Sponheim, al que ha servido desde niño, cuando empezó a trabajar en su corte como paje a los siete años. Si a alguien se le ocurriera acusar al duque de estafarle, sin dudarlo un instante sacaría su espada para defenderlo, pero cuando los rumores atañen al padre Cedric se limita a encogerse de hombros. «Es una actitud imprudente –se dice Ursula–, y cuesta perdonárselo». Cuando alguna vez se lo comenta, Hildebert se ríe o le dice que no quiere discutir de eso con ella. El tiempo que pasamos en la tierra es corto, y si uno no puede estar seguro de que el cura le ayudará en el tránsito a la vida eterna, es muy legítimo querer alejarse de él.

Kristin ha dejado de llorar por el enfado de Hildebert. En la sala del parto reina la calma; solo se oye la respiración pesada de Mechthild y el suave frufrú de la ropa cuando una de las mujeres se mueve. Una mosca gorda zumba perezosamente ante el rostro de Kristin. Cuando

ella le da un manotazo, cae de golpe al suelo, pesada y lenta por el calor. La aplasta con un pie, y siguiendo el ejemplo de su madre se concentra en su propia labor. Está sentada con la espalda erguida y los ojos fijos en el hilo. Borda una sábana de lino para su primogénito, poniendo todo su empeño en cada puntada; cada vez que mete la aguja por la parte delantera de la tela suelta un «ave» en silencio y un igualmente silencioso «María» cuando la introduce por debajo. El horror del parto de Mechthild sigue atormentándola, pero se esfuerza en no dejarse impresionar por lo que la rodea. Aun así, tiene la sensación de que todas las mujeres están pendientes de ella, y el rostro le arde un poco más. La aguja le resbala entre los dedos húmedos, el sudor le baja desde el borde del pañuelo por las sienes hasta la clavícula. El bebé yace tranquilo en su cuna, Mechthild se queja un poco cuando le lavan la cara con un trapo caliente. Kristin pasa la aguja una y otra vez, bordando una corona de flores. De vez en cuando mira de reojo a Mechthild, que ahora descansa en la cama sobre una montaña de almohadas de seda. Cuando ayer la recibió a su llegada, Kristin apenas la reconoció. Estaba gorda y deforme, los ojos se le habían reducido a dos hendiduras pequeñas y los dedos sobresalían de la mano como salchichas cocidas. Era una enfermedad puerperal, según había entendido, que al parecer aún no había remitido. Alguien que no lo supiera habría jurado que Mechthild seguía embarazada.

Kristin ha oído a las sirvientas cuchichear que esa hinchazón afecta a las mujeres que tienen miedo de dar a luz y no quieren soltar al bebé, pero no sabe qué pensar. Si lo ha entendido bien, la niña ha nacido con antelación. Estaba previsto que ellas tuvieran tiempo de instalarse en casa de Mechthild antes del parto, pero solo llevaban una noche allí cuando todo se precipitó. Hasta ayer, su miedo no era nada que no pudiera controlar bordando y haciendo sus quehaceres cotidianos; ahora, en cambio, le falta el ai-